

DISCURSO DE CONTESTACIÓN AL DEL EXCMO. SR. DON ISMAEL YEBRA SOTILLO

Por ROGELIO REYES CANO

En esta mañana de domingo, como en todas las ocasiones en que recibe a un nuevo académico de número, esta Real Corporación abre sus puertas para acoger gozosamente al Excmo. Señor Don Ismael Yebra Sotillo, destacado profesional de la Medicina sevillana, humanista de saber y de ejercicio y persona que a su capacitación técnica y a su hombría de bien une unas dotes literarias que están en el ánimo de todos. Siempre ha tenido esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras una nota muy distintiva en contraste con otros centros académicos. Me refiero a su carácter interdisciplinar, a la variedad de saberes que recoge su nómina de numerarios, establecida desde sus orígenes en la cifra de treinta académicos, entre los que se han contado preferentemente historiadores y filólogos, poetas y escritores, pero en las que nunca faltaron tampoco juristas, médicos y biólogos, periodistas y destacados hombres de cultura sin una concreta especificidad profesional.

La razón de tal diversidad hay que buscarla en la significación que la palabra “Letras” mantenía todavía a mediados del siglo XVIII como expresión del término latino *litteras*, es decir, de todos aquellos saberes susceptibles de ser formulados por medio de la *letra*, por el poder eternizador de la palabra escrita. Habría

que esperar todavía algún tiempo para que se acuñara la distinción “ciencias–letras”, materializada en los años cincuenta dentro del plan de Bachillerato que sustituyó en su día a aquel cíclico de siete cursos rematado por el famoso Examen de Estado. Lo recuerdo perfectamente porque pertenezco a la primera promoción de aquel plan, que me obligó, al terminar la Reválida de cuarto, a escoger, la verdad es que sin mucho criterio, uno de los dos caminos. Prueba de que aquella decisión pecaba de prematura es que, presionado por el mayor prestigio social de las “ciencias”, tomé la senda menos adecuada a la que era mi tendencia natural, hecho que tuve que rectificar cuando, ya en Preuniversitario, comprendí que lo mío eran, incuestionablemente, las letras.

Si traigo a colación esta anécdota personal es para subrayar que esta Academia es una academia “literaria” en ese sentido que los humanistas del Renacimiento dieron a la voz “letras” y que perduró hasta no hace mucho tiempo en la denominación de las antiguas universidades. Contra lo que erróneamente pueda creerse, las llamadas “Universidades Literarias” – enunciado que todavía podemos ver en viejos sillones del Rectorado de la Hispalense– no excluía en absoluto los que hoy se conocen como saberes científicos. Por el contrario, las ciencias y las letras convivían con toda pertinencia bajo ese marbete integrador que a veces uno añora contemplando la excesiva compartimentación de materias que en muchas ocasiones a unos los hace analfabetos funcionales en “ciencias” y a otros analfabetos funcionales en “letras”. Sencillamente, todas las universidades eran “literarias” porque en ellas se enseñaban todos los campos del saber susceptibles de ser formulados por escrito. Ello explica que aquellos humanistas vieran el mundo *sub specie litteraturae*, es decir, desde la perspectiva de los saberes escritos, del mismo modo que Jorge Luis Borges, director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, acariciando en medio de su ceguera el lomo de miles de libros para él de imposible lectura, proclamara en su famoso “Poema de los dones”: “Yo, que me figuraba el Paraíso/bajo la especie de una biblioteca”.

Como escribí en una ocasión a cuenta de lo que Ortega definió como “misión” de la Universidad, “tan desolador resulta que un alumno de una Facultad científica salga de ella sin te-

ner una idea aproximada de cuáles son las líneas esenciales del pensamiento filosófico de nuestro tiempo, como que otro de humanidades ignore lo más sustantivo de los avances en el conocimiento del genoma humano o el acelerador de partículas”. No estoy propugnando, claro está, volver a tiempos pasados, pero sí alertar de las carencias de una hiperespecialización que tantas veces fragmenta y desnaturaliza una *imago mundi* más homogénea e integradora donde los saberes procedentes de las viejas ciencias fisiconaturales no pierdan la perspectiva humanística, y las llamadas ciencias humanas no renuncien tampoco al rigor y a la precisión que a aquéllas les son propios.

Hoy recibimos en esta Casa a un nuevo académico que, como tantos otros médicos que han honrado nuestra nómina de numerarios, aún en su persona la formación científica y el aliento humanístico que nunca ha faltado en los mejores profesionales del arte de curar. Un aliento que también estuvo en Francisco Blázquez Bores, en Juan Delgado Roig, en Gabriel Sánchez de la Cuesta, en Antonio González Meneses, en Sebastián García Díaz, en Antonio Hermsilla Molina o en Juan Ramón Zaragoza Rubira, por citar sólo los facultativos que en los últimos tiempos le han precedido en esta Corporación. Puede que la medicina tecnificada de hoy nos invite tantas veces al pesimismo y nos alerte sobre el riesgo creciente de deshumanización de una práctica que siempre ha tenido una profunda dimensión humana. No en vano formaba parte de las secularmente conocidas como “artes liberales” o saberes del hombre libre, noción de origen medieval que en el Renacimiento fue elevada platónicamente a la categoría de ideal de conducta. Pero no nos engañemos. Siendo del todo cierto que no hay enfermedades sino enfermos, o la práctica de la medicina conserva esa tonalidad humanística, o, en nombre de un cientificismo mal entendido, habrá abdicado de su función más noble: curar no sólo la enfermedad física sino aliviar también en lo posible las tribulaciones del alma que tantas veces aquélla lleva aparejada.

La trayectoria humana, profesional y literaria de Ismael Yebra Sotillo ilustran muy bien esa doble dimensión del hombre de ciencia que domina los saberes técnicos y el hombre de letras que sabe aplicarlos sin perder la perspectiva humana. La primera

de esas dos facetas está avalada por una trayectoria profesional del todo brillante que la limitación del tiempo sólo me permite esbozar. Alumno de los Escolapios del viejo colegio de Ponce de León, donde estudió también Luis Cernuda, doctorado con Premio Extraordinario en la Facultad de Medicina de Sevilla, alumno interno en la cátedra de Patología Médica del profesor Aznar y en la de Dermatología, especialista en Dermatología Médico–Quirúrgica y Venerología, Profesor Ayudante, Encargado de Curso en la Escuela Universitaria de Enfermería, vocal en tribunales de Tesis Doctorales...

Y en estrecha relación con esta rica formación de base, recibida también en numerosos cursos a los que ha asistido, una amplísima experiencia profesional dentro y fuera de nuestra ciudad y una variedad de publicaciones en libros y revistas especializadas y de participaciones en congresos que hoy lo avalan como uno de los más destacados facultativos españoles en la práctica y en la historia de la dermatología, las enfermedades venéreas y muy particularmente en el de la lepra, motivo al que dedicó su tesis doctoral. En coherencia con tan alta cualificación, la Real Academia Sevillana de Medicina y Cirugía lo ha considerado digno de engrosar igualmente su rica nómina de Académicos de Número.

Pero con ser muy sólidos, extensos y científicamente muy cualificados los méritos del doctor Ismael Yebra en el ámbito de la Medicina, son otros muchos, como es obvio, los motivos que han inducido a esta Academia a llamarlo para que ocupe la plaza que dejó vacante tras su muerte el doctor Juan Ramón Zaragoza Rubira, a quien tuve también el honor de contestar en este mismo salón el día de su ingreso, el 27 de octubre del año 2002. Porque, al igual que él –ejemplo egregio de la fusión entre la ciencia médica y el mundo de las humanidades–, el nuevo académico viene a esta Casa precedido de un bagaje literario rico, amplio y variado, exponente de una sostenida vocación de escritor y de una facilidad expresiva muy apreciada en el mundo cultural de Sevilla. De forma que podría decirse que si la práctica de la curación ha templado su ánimo para la comprensión del alma humana, su probada sensibilidad estética lo ha hecho transitar con éxito por la senda de la creación literaria.

En su ensayo sobre “Enciclopedismo y humanismo”, y a cuenta de la alta calidad humana de Cervantes, distinguía Gregorio Marañón dos formas de humanismo: uno libresco, de cultura, y otro vital, empírico. El uno aprendido y el otro vivido. Si el primero podía adquirirse con la lectura, el segundo –el más cabal de los dos– sólo podía ejercerse con la conducta.

El humanismo –afirma– es mucho más gesto y conducta que, en su sentido estricto, saber [...]. Cervantes fue humanista por su olímpica serenidad, por el regocijo o la resignación aristocrática de su alma, por ser, en fin, conscientemente bueno, sin necesidad de saber, de coro, toda la antigüedad griega y latina. Se pueden, sí, conocer a la perfección las lenguas clásicas y saber todos los textos inmortales, y tener el alma rígida y antihumana [...]. En cambio, se puede ser humanista con briznas de cultura antigua, casi sin conocerla, con tal que los poros del alma sean permeables a aquellos sentimientos –comprensión, generosidad, tolerancia– que caracterizan en todo tiempo a los hombres impulsores de la civilización.

Por fortuna en Ismael Yebra no ha lugar semejante dicotomía porque su humanismo literario se nutre por igual de cultura y de vida y está estrechamente vinculado a tres escenarios biográficos que constituyen, usando el decir poético de Antonio Machado, otros tantos y auténticos “paisajes del alma”, verdadera geografía sentimental, territorios de la conciencia y espacios en los que su espíritu se alimenta de recuerdos y vivencias ágilmente trasvasados a sus libros con sostenido amor. Por una parte, la tierra de sus mayores, que llegaron a Sevilla desde las recias tierras zamoranas de la comarca de Sanabria con las que él, leal a sus orígenes, se identifica con fruición. El Aljarafe sevillano, esencializado en el pueblo de Umbrete, paisaje mítico de la infancia y primera juventud en el que echó raíces y fundó una familia. Fundido con su gente, que le admira y le solicita con auténtico cariño, le he visto platicar con ella y abrirse generosamente a sus necesidades como uno más de los suyos. Y Sevilla, en la que vive y ejerce no ya su profesión de médico, sino

su vocación de amante rendido a los secretos encantos del viejo barrio intramuros de la Alfalfa, la antigua Vinatería de la ciudad cervantina, el centro del comercio de la Sevilla áurea, con aires todavía de zoco musulmán. Miguel Delibes, otro castellano viejo del antiguo reino de León, definió lacónicamente su personal concepto de novela: “ un hombre, un paisaje y una pasión”. Justo la pasión que Ismael Yebra pone en la revelación literaria de esos tres “paisajes del alma” que acabo de mencionar.

La cortesía académica que a ustedes debo y la necesidad de ser breve me obligan también a ser parco en la enumeración de los textos que avalan esa gozosa y apasionada dependencia. A títulos de libros como *Viaje a Sanabria* (2005), *Sevilla vista desde la Alfalfa* (2007), el *Pregón de la Cabalgata de Reyes* de 2008, *Pueblo cercano. Umbrete en el paraíso* (2009) o *Sevilla en clausura* (2021), un bellissimo recorrido por el mundo de los conventos excelentemente ilustrado por las magníficas fotografías de Antonio del Junco, hay que añadir artículos o capítulos de libros dedicados al colegio de los Escolapios de Ponce de León, donde el autor se formó; a la presencia de los judíos en Osuna o al recientísimo “El niño sevillano Luis Cernuda”, como parte del libro *A Luis Cernuda desde Sevilla* (2013), que el propio Yebra coordinó y en el que tuve, junto a otros escritores y estudiosos sevillanos, el honor de participar con motivo del quincuagésimo aniversario de la muerte del gran poeta en 1963.

Y, en fin, el excelente discurso de ingreso que acabamos de oírle sobre el valor terapéutico de la lectura es la honda reflexión de alguien que está aquejado –permítanme la imagen médica– de la pasión lectora, ese virus agridulce y ambivalente que, una vez inoculado, no tendrá ya curación posible. Yebra, que sufre ese padecimiento, nos ha trazado una riquísima y pintoresca tipología de lecturas y de lectores. El libro como terapia pero también como patología. El libro que sana pero que a veces también hiera. El libro como ansiolítico y el libro que deprime. El libro como antídoto contra la estulticia, tal como lo proclamó Erasmo, y el libro que induce a la locura, como le sucedió a don Alonso Quijano el Bueno. Pero ¡oh paradoja! hacia una locura lúcida que se convierte en la conciencia crítica de un mundo sin sentido.

Hay lectores compulsivos y también auténticos bibliópatas. Practicantes de la cleptobibliografía, obsesivos robadores de libros, y bibliopirómanos que al final de su vida claman por la quema de sus propias obras. Bibliófilos y bibliómanos, que son dos cosas muy diferentes. Y lectores de un solo libro, que siempre serán los más dogmáticos y peligrosos. Libros curativos y benéficos y libros perniciosos... Pero si es verdad que no hay enfermedades sino enfermos, es posible que tampoco haya libros en sentido estricto sino más bien lectores que se sientan concernidos por ellos. Como ha dicho Juan Gelman, el premio Cervantes argentino–mejicano recientemente desaparecido, no se escribe para ningún lector en particular, porque “cada lector creará [después] su propio libro”.

Mundo complejo éste de la lectura que nuestro nuevo Académico de Número ha sabido inteligentemente desentrañar poniendo en juego su experiencia apasionada de humanista y el rigor del científico. Todo un lujo para esta Real Corporación que hoy se siente honrada y enriquecida con su persona, y que en el inmediato futuro tanto espera de ella.

He dicho.